

REVISTA MEDICA.

ORGANO DE LA SOCIEDAD DE MEDICINA Y CIENCIAS NATURALES.

Redactor — NICOLAS OSORIO.

SERIE VIII. }

Bogota, Julio 24 de 1883.

} NUM. 85.

JUNTA DE LOS REPRESENTANTES DE LA PRENSA.

ACTA DE INSTALACIÓN.

A excitación del señor D. Alberto Urdaneta, Director del *Papel Periódico Ilustrado*, se reunieron en su Estudio de Pintura, hoy trece de Mayo de mil ochocientos ochenta y tres, á las dos de la tarde, los señores :

Doctor José Vicente Uribe, Secretario de Instrucción Pública de la Unión y Director de los *Anales de la Universidad*;

D. Constancio Franco V, Director de Instrucción pública de Cundinamarca y Redactor de *La Escuela Normal*;

D. Zenón Figueredo, Alcalde de la Ciudad y Redactor del *Registro Municipal*;

D. José Joaquín Ortiz, Redactor de *La Caridad*;

D. Alberto Urdaneta, Director del *Papel Periódico Ilustrado*;

D. Eugenio González Benito, Redactor de *El Comercio*;

D. Manuel Briceño, en representación de la Redacción de *El Conservador*;

D. José María Quijano Otero y D. José María Mallarino, Redactores de *La Verdad*; y representante, el segundo, del doctor Diógenes A. Arrieta, Redactor de *La Nueva Alianza*;

D. J. David Guarín, Redactor de *La Nueva Era*, y en representación de los Redactores de *La Pluma*;

D. Luis G. Rivas, Redactor de *El Correo Mercantil*;

D. José M. González Benito, Redactor de los *Anales del*

Observatorio; y en representación de los Redactores de *El Ingeniero*;

D. Leonidas Flórez, Redactor de *El Estandarte* ;

Doctor Gabriel J. Castañeda, en representación de los Redactores de la *Revista Médica* ;

D. Eudoro Pedroza, en representación de la Redacción de *El Orden* ;

D. Eduardo Ochoa, Redactor de *El Ferrocarril* ;

D. Rudecindo L. Cáceres, Redactor de *El Patriota*, y en representación de *La Patria* y el *Diario de Cundinamarca* ; y

D. Saturnino Vergara, Redactor de *La Abeja*.

Oídas las patrióticas palabras del señor Urdaneta, manifestando que se había permitido convocar á esta reunión con el objeto de acordar el modo como debe coadyuvar á la celebración del Centenario del Libertador Simón Bolívar la prensa de la capital, los representantes de ella, presentes en la reunión, se constituyeron en Junta, nombrando para presidirla al señor Secretario de Instrucción pública de la Unión, doctor José Vicente Uribe, y para Secretario al señor Antonio de Narváez G., Secretario de la Redacción del *Papel Periódico Ilustrado*.

Concedida la palabra al doctor Constancio Franco V, fué aprobada, con las modificaciones introducidas por los señores Manuel Briceño y Luis G. Rivas, la siguiente proposición :

“ Los Representantes de la prensa de Bogotá, capital de Colombia, con el fin de contribuir por su parte á la celebración del Centenario del Libertador de Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador y Bolivia,

A C U E R D A N :

“ I. Nombrar para representar la Prensa colombiana en la fiesta del Centenario del Libertador, á los Redactores de periódicos nacionales que asistan á dicha fiesta en la ciudad de Caracas, presididos por los señores Alberto Urdaneta, Manuel

Briceño y José María Quijano O. El correspondiente nombramiento llevará las firmas de los miembros de la prensa de la capital ;

“ II. Dedicar el 24 de Julio un número extraordinario de cada periódico, consagrado exclusivamente á la celebración del Centenario y á honrar la memoria del Libertador ;

“ III. Nombrar una comisión que invite por telégrafo á los Redactores de periódicos de toda la República, comunicándoles esta idea y excitándolos á secundarla. Esta comisión será presidida por el señor Secretario de Instrucción pública de la Unión, y se compondrá de tres miembros más, nombrados por él ; y

“ IV. Hacer, bajo la dirección del señor D. Alberto Urdaneta, un número extraordinario del *Papel Periódico Ilustrado*, conteniendo escritos relativos á la vida del Héroe americano.”

En cumplimiento del punto 3º, el señor Presidente distinguió á los señores José Joaquín Ortiz, Alberto Urdaneta y Eugenio González Benito, nombrándolos en comisión para que se dirijan á los señores periodistas del resto de la República.

En seguida fueron aprobadas sucesivamente las siguientes proposiciones :

Del señor Franco V. :

“ El acta de la sesión de este día será publicada inmediatamente en todos los periódicos de la capital ; ”

Del señor Urdaneta :

“ Nómbrase por el Presidente tres miembros que consulten con los señores Redactores de periódicos de la capital, que no hayan concurrido, si desean secundar lo resuelto en la presente sesión.”

Comisión que fué encomendada á los señores José María Mallarino, Luis G. Rivas y Eugenio González Benito.

Del señor Mallarino :

“ Con el objeto de tomar nota de los trabajos de esta

Junta, el señor Presidente convocará para nueva sesión cuando lo estime conveniente.”

Del señor Briceño :

“Antes de disolverse la ‘Junta de los Representantes de la Prensa’ ésta resuelve constituirse en Comité Patriótico, y ponerse á disposición de los Gobiernos de la Nación y de los Estados para secundar los trabajos que se hagan para la celebración del Centenario.”

El señor doctor José Vicente Uribe, congratulándose, en elocuentes palabras, por la instalación de la “Junta de los Representantes de la Prensa,” dió las gracias por la distinción que se le hacía encargándolo de su dirección ; y, á las cuatro de la tarde, en medio de entusiastas aclamaciones al Libertador, se clausuró la sesión con una bellísima improvisación del decano de la Prensa, doctor José Joaquín Ortiz, en honor del Padre de la Patria.

Bogotá, 13 de Mayo de 1883.

El Presidente,

JOSÉ VICENTE URIBE.

El Secretario,

Antonio de Narváez G.

Cayendo en este mes el centenario de Bolívar, creemos un deber dedicar á la memoria de este hombre extraordinario el presente número de *La Revista*.

BOLIVAR EN LA DESGRACIA.

Juzgado Bolívar como guerrero en el campo de batalla, como legislador en las Asambleas no admira tanto ni sobresale como cuando se le contempla en el infortunio. Los hombres más grandes flaquean cuando sus fuerzas físicas disminuyen, especialmente si los postra una larga dolencia, y su actividad y espíritu se apocan. No sucede lo mismo con Bolívar. Contemplémoslo en los esteros de Casacoima á la orilla del Orinoco,

y en Pativilca para admirarlo. Considérelo en su última enfermedad quien quiera saber hasta qué punto es digno de respeto.

En Julio de 1817 la escuadrilla independiente pasaba por entre la escuadrilla realista que cerraba el paso de este río. “El Libertador hizo marchar un destacamento de tropas para que, poniéndose en comunicación con la escuadrilla, pudieran hallar los buques algún abrigo en caso de ser atacados. No contento con esta disposición, fué él mismo (4 de Julio) á esperar el resultado. Informado el enemigo de tales circunstancias por algunos prisioneros, según se ha creído, quiso dar un golpe decisivo aprehendiendo al General Bolívar y al destacamento que lo custodiaba; con este designio desembarcaron una partida de soldados, un poco más arriba de la boca del caño de Casacoima; los realistas ejecutaron su operación sin ser sentidos y fueron á batir el destacamento por la espalda, cerrándole la única vereda por donde podía escapar. Bolívar estaba con los Generales Arismendi, Soubllette, Pedro León Torres, Jacinto Lara, Briceño Méndez y otros Jefes, á alguna distancia de la tropa, y los españoles los hallaron antes que á éste. Advertidos del inminente riesgo que corrían, Torres y demás pudieron tomar sus caballos y escaparse. En tan crítica situación no quedó á los otros más arbitrio que arrojarse á un estero y ocultarse dentro del agua.” (Restrepo).

“Salváronse allí por cierto, milagrosamente, pudiendo los enemigos acabar con ellos, cazándolos como ánades. Unos tiros que hicieron los soldados patriotas, al oír los del enemigo, contuvieron á éste, que se reembarcó sin haber obtenido más resultado que el de poner en aprieto á nuestros Jefes.

“Cuéntase que el Libertador creyó tan imposible salir bien de aquel azar, que llegó hasta desnudar su garganta y preparar un puñal para degollarse, antes que caer en manos de los españoles. Pudo esto ser así, y aunque Restrepo lo asegura, sin embargo los dos últimos testigos presenciales que he podido consultar, los señores Carlos Soubllette y Miguel Arismendi,

éste edecan del Libertador, no recuerdan tal cosa, ni lo consideran propio del alma grande de Bolívar.

“*Impavidum ferient ruinæ!*.....

“.... La noche la pasó el Libertador con sus compañeros en el estero cercano á aquel sitio, donde pudo hallar una muerte sin gloria. No turbado de la fatalidad que acababa de amenazarle, les hablaba con entusiasmo y lleno de inspiración sobre sus futuras campañas que libertarían á Cundinamarca y Quito, y que trasladándose luégo al Perú, á la tierra del sol, llegaría victoriosa hasta el Potosí la bandera de redención. Tales ideas que constituían el fondo de la misión augusta de que se sentía investido Bolívar, parecieron entonces delirios de una imaginación enferma y tan extravagante, que el Capitán Martel, que las oía, fué á decir á otro de los compañeros:—Ahora sí que estamos perdidos: el Libertador está loco.” (Larrazábal).

Lo que tomaba el Capitán Martel como una locura, no era en realidad sino un acto de suprema energía que sólo cabe en el genio.

El 1º de Enero de 1824 el Libertador se encontraba en Pativilca, lleno de preocupaciones y en circunstancias extremadamente críticas. Acométele una fiebre perniciosa remitente y lo pone en el mayor peligro; en once días que lo tuvo en cama, la fiebre lo aniquila y lo debilita en extremo. El señor Joaquín Mosquera, que lo visitó entonces, nos dice que lo vió sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, con pantalones de guin, que dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas y sus piernas descarnadas. Su voz era hueca y débil y su semblante cadavérico.

—Qué piensa hacer ahora, Libertador? le pregunta Mosquera.

—TRIUNFAR, le responde Bolívar.

Respuesta sublime que revela la fe que tenía en el porvenir y que daba cuando la traición de Torretagle entregaba á

los españoles á Lima con todos sus elementos, cuando el Callao por otra traición caía en poder de los realistas con todos sus almacenes de armas, municiones, los buques anclados en el puerto y los recursos de aquella costa.

A estos desgraciados acontecimientos había precedido la pérdida de 2,500 hombres que el Gobierno de Chile destinaba para auxiliar al Perú. En ese mismo tiempo llegaban á Arica 300 hermosos caballos chilenos para remontar el regimiento de "Granaderos de á caballo," y como no hubiese forraje á bordo para alimentarlos y en tierra habían de caer en manos de los españoles, Don Toribio Hidalgo, Comandante del "Lautaro," los hizo degollar y echar al mar.

No le quedaba á Bolívar, por decirlo así, más que el suelo que pisaba, y en qué circunstancias! Entonces exclamaba: *Hay que morir ó vencer, y venceremos, porque el cielo no quiere nuestras cadenas.*

Tomando en cuenta este cúmulo de circunstancias era como el señor Joaquín Mosquera le preguntaba, y cómo piensa usted triunfar?

—Mire usted, le dijo Bolívar con un tono lleno de confianza, tengo expedidas órdenes para levantar una fuerte caballería en Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y en Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio todos los caballos buenos del país y embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Cuando recupere mis fuerzas voy á Trujillo. Si los españoles bajan la cordillera los derroto infaliblemente con la caballería; si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar. Subo á la cordillera y los derroto en Jauja.

El señor Larrazábal nos dice á propósito de este acto de energía del Libertador:

"Prodigio de esfuerzo" llamaron los cronistas españoles á Carlos V, y pasmo de todos los siglos á Felipe su hijo; ¿qué habrían escrito esas plumas tan bien cortadas para la alabanza, si hubieran podido tomar como asunto la vida de Bolívar?"

Mucho podría multiplicar los rasgos del mismo linaje de los que he tocado, para hacer más patente que la grandeza de Bolívar estaba toda en su alma heroica y que la postración de sus fuerzas físicas no llevaba consigo la de las morales, como sucede aún en aquellos que, no comparados con Bolívar, pueden llamarse hombres grandes.

NICOLÁS OSORIO.

BOLIVAR EN LA NUEVA GRANADA.

Bolívar, como Alejandro el Grande y Julio César y Napoleón, tenía esa complexión orgánica que á veces encierra los destellos del genio: color subido y un tanto amarillento de la piel, cabellos negros, ojos oscuros ó negros, mirada eléctrica y penetrante; sistema bilioso abundante, fisonomía pronunciada que revela la firmeza y la inteligencia, músculos vigorosos, formas acentuadas sin gordura, esqueleto óseo fuerte, vísceras principales desarrolladas y capaces de llenar enérgicamente sus funciones; digestión fácil; inteligencia y capacidad; pasiones intensas y durables; carácter firme, decidido y perseverante. Este temperamento, con raras excepciones, es el de los grandes hombres, y vamos á admirar en el curso de este ensayo un hecho que demuestra la extraordinaria resistencia física y moral de Bolívar, es decir, su fortaleza para subyugar el poder español en cuatro Repúblicas del Nuevo Mundo y sobreponerse á las amarguras y desengaños inherentes á la vasta empresa que sólo su genio debía llevar á cabo.

La vida activa de Bolívar principia el 19 de Abril de 1810 al estallar la revolución en Caracas, y en adelante una labor incesante ocupa todos los instantes de su existencia en servicio de la Patria. No acabaríamos este artículo si hubiéramos de seguir al Libertador hasta las cimas del Potosí, pináculo de su gloria, y menos aún hasta las ardientes playas del Magdalena, último suelo que pisó su planta.

Basta á nuestro objeto seguirlo solamente en la campaña que redimió á la Nueva Granada del dominio peninsular.

En este episodio de la guerra magna se presenta Bolívar fuerte como Hércules é invencible como Marte.

La entidad de las batallas que debían darse en el opuesto lado de los Andes, dicen los historiadores; la ocupación de aquel vasto territorio; la consumación de la Independencia granadina, y aun las circunstancias mismas de no haber retirada posible al través de aquella inmensidad de cordilleras que se encumbran hasta el cielo, cubiertas de bosques seculares y de escarpas que asombran y desvanecen; todo eso tentó el genio de Bolívar.

Yá madura la reflexión, convocó una Junta de guerra, compuesta de los Generales y Oficiales del Ejército, á los cuales comunicó el pensamiento de abandonar la invasión de Barinas, entretener á Morillo ocultándole el movimiento y caer de improviso sobre la Nueva Granada. La Junta aprobó unánimemente y con entusiasmo el proyecto de Bolívar.

La expedición parte del Mantecal para Guadualito el 25 de Mayo de 1819. Aquella época del año era de riguroso invierno en los Llanos, y en ella habían hecho las lluvias salir de madre los ríos y caños, inundando sabanas inmensas y convirtiéndolo el grande estero de Cachicamo en un pequeño mar de más de 5,000 metros de diámetro. El Ejército avanza sin embargo por este país inundado, conduciendo municiones, equipajes y todo cuanto era necesario para la campaña. En todas las faenas de este penosísimo tránsito, las tropas quedan casi desnudas hasta tal punto que raro era el soldado que conservaba un pantalón. Aquellos hombres medio desnudos, nacidos y criados en climas ardientes, debían escalar aún la gran cordillera de los Andes casi hasta el término de la nieve perpetua y sufrir el intenso frío de sus helados picos. Era también necesario conducir algunas armas sobrantes, las municiones, víveres y equipajes, por fragosísimos caminos, en caballerías de

los Llanos; éstas son incapaces de resistir el frío, la diferencia de pastos y los terrenos pedregosos de la cordillera; así, casi todas pierden la vida en el páramo. Aquel ejército marchaba sin alimento, dormía sin abrigo, y el llanero, que nunca había recibido la impresión de un aire templado, ese hijo de la luz y del calor, moría en el páramo de Pisba por la intensidad del frío, algunos soldados se desertaban para volver al Llano, otros, en fin, caían enfermos. Los cuerpos de caballería quedaron muy disminuidos, perdiendo sus caballos, sus monturas y hasta sus armas; el soldado las arrojaba, pues no se detenía por nada, y ansiaba solamente salir del páramo á fin de libertarse del frío.

En tan lamentable estado aparecieron el 6 de Julio los republicanos en el pueblo de Socha, perteneciente á la provincia de Tunja, sobre el fértil y hermoso valle de Sogamoso, donde el Jefe español tenía su cuartel general. La proximidad del enemigo aumentaba los peligros de los independientes, cuya situación era harto crítica.

La falange libertadora era en tal ocasión un esqueleto. Necesitábase la poderosa energía de Bolívar para darle nueva vida, y ésta la encuentra en el fuego de su patriotismo, que descongela sus ateridos miembros comunicándoles fuerza y vigor, para lanzarse sobre el soberbio Ejército realista, compuesto de 5,000 guerreros y bajo el mando del experto General Barreiro.

Pero en ningún tiempo desplegó Bolívar más energía, ni mayor firmeza ni actividad. En tres días junta caballos, remonta y arma una parte de sus jinetes, envía prontos y eficaces auxilios á los cuerpos atrasados, reúne el parque y restablece el Ejército en lo posible.

En 30 días da las batallas de Gámeza, Pantano de Vargas, Bonza y la inmortal de Boyacá, y entra vencedor á Santafé el 10 de Agosto de 1819.

La inquebrantable energía del Libertador llega á su apogeo en esta memorable campaña, en donde tiene que ser el

primero en soportar fatigas y privaciones inauditas para dar ejemplo é infundir aliento á sus tropas.

Compréndese cuál sería su actividad y consagración en los cuidados de la guerra, cuando al llegar á la capital cubierto de gloria no traía segunda camisa que ponerse. Fuéle permitido al patriota Don Juan Nepomuceno Contreras tener el honor de presentarle la primera camisa que usara en Bogotá.

1883.

G. J. CASTAÑEDA.

B O L I V A R .

No debe extrañarse que en esta *Revista* aparezca el nombre de un guerrero ; — hoy se celebra el Centenario de su nacimiento, y lo hijos de la antigua Colombia, sin distinción de lindes, de profesiones, de clases ni de colores políticos, se estrechan en fraternal abrazo de sincero patriotismo, y en la extensión de Colombia resuena un sólo grito : voz de entusiasmo y gratitud, símbolo de esperanza, juramento sagrado de reconciliación ofrecido á los manes del Padre común de los americanos.

En el palacio del Magistrado, en el taller del artesano y hasta en la choza del labriego, se canta hoy el himno de alabanza al Caudillo de la Independencia. Y como yá se sabe que sólo al amparo de la libertad florecen las ciencias, las artes y la industria en general, los obreros del progreso, los que consagran su vida al más inmediato bien de sus semejantes, también tienen su puesto en esta gran solemnidad, en el concierto que saluda con júbilo al Fundador de la Patria.

Desde los remotos tiempos de la India y del Egipto, se buscaba el secreto de organizar una doctrina científica, que estudiando la naturaleza dictara reglas para conservar la vida del hombre. Y se buscaba en vano, porque tan urgente necesidad no se podía satisfacer hasta la aparición de la República

griega, en cuya época brillante de libertad y progreso intelectual, se vió lucir al sabio fundador y padre de la medicina, substituyendo con acertadas observaciones y preceptos que aún se acatan, una *ciencia* vana y supersticiosa que no alcanzaba ni los honores del empirismo, porque era hija de las tinieblas que engendra la esclavitud.

Si en los últimos años anteriores á nuestra emancipación, no se carecía en absoluto del conocimiento de la ciencia médica, sabido es que los colonos vivían ajenos al movimiento civilizador del viejo mundo ; que sus estudios eran rudimentarios é imperfectos, y que el talento natural de los que se consagraban al cultivo de las ciencias, se veía rodeado de escollos que sólo podía remover un gobierno propio, libre é independiente, que abriera con franqueza nuestros puertos al tráfico universal que debía traer á estos países, nuevos y casi desconocidos, las conquistas de una larga lucha de progreso, las ventajas de una antigua consagración á la industria humana.

Por eso Bolívar no fué únicamente el Caudillo de nuestra emancipación : guerrero y legislador como Carlo-Magno, ilustró como éste á su patria con leyes y decretos, que dictaba en el fragor de los combates, para propagar la instrucción.

Fomentó los establecimientos científicos y atrajo la atención de los sabios de Europa, manteniendo con ellos extensas relaciones en beneficio de la República.

En sus manifiestos y proclamas invitó á los hombres honrados é industriosos de todas las partes de la tierra, para que vinieran á Colombia, que ella les daría en cambio de la luz que trajeran, el asilo y los dones de un país libre, generoso y rico. Y dió á los sabios que pisaron nuestro suelo la más espléndida acogida, manifestando que Colombia no reconocía otra aristocracia que la del progreso, que ilustra y engrandece las naciones,

Con la espada en la mano combatiendo por la libertad, expedía leyes y decretos fundando escuelas y colegios, y á sus

conciudadanos les decía: “La educación é instrucción popular son el principio más seguro de la felicidad general, y la más sólida base de la libertad de los pueblos.”

En uno de los primeros Congresos dijo: “Un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción adopta como realidades lo que son puras ilusiones, toma la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo y la venganza por la justicia. . . . Semejante á un robusto ciego que, instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos. . . . La educación popular debe ser el cuidado primogénito del Congreso. Moral y luces son los polos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades.”

Se cometería una injusticia admirando á Bolívar únicamente como guerrero; si sus proezas exceden á las de los más célebres Capitanes, las ciencias y las artes deben tributar pleno homenaje al gran Ciudadano, que fincaba el porvenir de estos pueblos en la difusión de las letras: “La libertad se conquista, decía, para trillar el camino de la civilización y la cultura.”

Jamás dejará de lamentarse la prematura muerte de aquel Hombre extraordinario, que habría sido capaz de reconstituir la República romana después del desastre de Farsalia, porque era superior á César y más activo republicano que Cicerón.

Dos eran las grandes misiones de su poderoso genio: libertar y organizar. Satisfizo la primera oscureciendo la fama de todos los guerreros del mundo, y si no tuvo tiempo para terminar la segunda, sus talentos políticos y administrativos dejaron luminosa huella en estatutos, leyes, decretos y discursos.

Conocedor de la legislación antigua y moderna de los diferentes países de la tierra, comprendía que las necesidades de la época eran, como ella misma, de excepcional condición, y que el paso de la esclavitud á la libertad exigía reglas sábias

y prudentes, que señalaran la marcha de la República, con itinerario seguro para un pueblo que transitaba desconocida senda.

Propio es de esta *Revista* dar una noticia de la enfermedad que puso fin á la vida del Libertador ; pero como ha sido tan poco estudiada por los historiadores, biógrafos y médicos, no es fácil hablar de ella con precisión y certeza.

No se poseen notas conmemorativas ni pormenores, que son indispensables para un estudio medianamente formal, á excepción de los apuntamientos, muy deficientes, que dejó el médico de cabecera.

Bolívar, á semejanza de Napoleón, tenía su médico, más por honor de la ciencia, que por cordial aceptación, pues era un tanto excéptico en esta materia, y casi siempre rehusaba los auxilios del arte ; excentricidad que no dejó de serle funesta.

Al tratar de la última enfermedad del Libertador, no es posible razonar con plena convicción, ni levantar el criterio médico al puesto elevado que le corresponde. Con la reserva natural tocaremos ligeramente esta cuestión, sin otro punto de partida que los treinta y tres boletines escritos por el doctor Revérend, para dar cuenta de la marcha de la enfermedad, desde el 1º de Diciembre, día en que llegó el Libertador á Santamarta en el bergantín *Manuel*, procedente de Sabanilla, hasta el diez y siete del mismo, que espiró en la Hacienda de San Pedro Alejandrino, á la una de la tarde.

Cuando el Libertador salió de Bogotá, en Mayo de 1830, con ánimo de seguir á Europa, eran yá notables la demacración, el color bilioso y tinte moreno del rostro, y las arrugas precoces de las mejillas. En Cartagena empezó á sentir sérias novedades en la salud y hubo de aplazar su viaje, esperando alguna mejoría para embarcarse : tos frecuente, con expectoración unas veces y otras seca, perturbación del apetito, insomnios y notable abatimiento del espíritu, á causa de las amarguras que devoraba su corazón ; abatimiento no absoluto,

pues daba lugar en largas intermitencias á exhibir en antagonismo, prolongados destellos de su actividad nerviosa y de su energía habitual.

Como hasta entonces no se había hecho recetar por ningún médico, ni hay noticia detallada de los primeros accidentes de la enfermedad, sólo puede juzgarse ésta bajo dos fâces: la tos frecuente y expectoración, que caracterizaban un catarro crónico, y el color amarillento y desórdenes digestivos que denunciaban una afección hepática.

Notando que sus padecimientos se agravaban, pensó que el mareo le sería favorable, y resolvió su viaje á Santamarta. En esta ciudad le suplicó el General Montilla que aceptara los auxilios del doctor Reverénd, á cuyos cuidados y dirección se sometió, sin mucha voluntad, á juzgar por la resistencia que oponía para admitir las medicinas. También fué consultado, y se asoció al médico de cabecera, los dos primeros días, el doctor Mac-Night, cirujano de una fragata que partía. Estos dos médicos diagnosticaron, de acuerdo, un *catarro crónico*

Veamos el primer boletín que manifiesta el estado del enfermo: dice así: "S. E. llegó á esta ciudad de Santamarta, en el bergantín nacional *Manuel*, y habiendo venido á tierra en una silla de brazos por no poder caminar, le encontré en el estado siguiente: cuerpo flaco y extenuado, el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos y de color verdoso. El pulso igual, pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del enfermo indicaban padecimientos morales. Finalmente, la enfermedad de S. E. me parece de las más graves, y mi primera opinión fue que tenía los pulmones *dañados*. No hubo tiempo de preparar un método formal: solamente se le dieron unas cucharadas de un elíxir pectoral compuesto en Barranquilla."

Por este boletín y los subsiguientes, se ve la sencillez en la expresión de los detalles patológicos, como que tenían

por objeto comunicarlos á personas que poco ó nada entendían del lenguaje científico, en lo que se procedió con cordura, puesto que de otra manera no habrían sido bien comprendidos. Mas lo que llama la atención es, que en dichos boletines no se habla de los medios empleados para explorar el estado de las vísceras y de las funciones que les son propias en sus respectivos aparatos; de suerte que nada se sabe acerca de los resultados de la percusión y auscultación, medios que no debieron omitirse. En cuanto al tratamiento, se ve que fué puramente sintomático, tal vez con motivo del funesto pronóstico anunciado desde la primera visita del médico, ó acaso por la repugnancia del enfermo para aceptar las medicinas.

Si los boletines del doctor Revérend no nos ponen en posesión de los datos patogenésicos y sintomatológicos que son precisos para formar un diagnóstico acertado, el cuadro general de los síntomas cardinales que ellos describen sí revela fácilmente una afección predominante del pecho, con participación simpática, homogénea ó concomitante, de órganos y vísceras de otras cavidades.

En el curso de la enfermedad se manifiesta la participación especial del cerebro; lo que se explica no sólo por la simpatía trisplánica, sino por la actividad funcional y habitual de este aparato, en un sugeto que resumía en su espíritu la historia de cinco Repúblicas fundadas por él, la de catorce millones de almas libertadas por su esfuerzo, la de tanta abnegación, de tantas decepciones y tantas ingratitudes é infamias de los que fueron sus más distinguidas criaturas; por eso sus conversaciones eran hondas quejas, y su delirio, palabras de amargura y de dolor. Este estado del espíritu aceleraba la marcha de la enfermedad á una terminación fatal.

La relación autópsica del cadáver del Libertador, que se halla á continuación de los boletines, hecha por el mismo Revérend, viene á ser la fuente natural, precisa é incontroverti-

ble, para formar juicio de la enfermedad que puso fin á la vida del más ilustre Ciudadano. En efecto, siguiendo el orden de las observaciones vemos sobresalir estos caracteres anatomo-patológicos:

Hábito externo: marasmo, reduciendo el cuerpo á los dos tercios.

Cabeza: los vasos arachnoidianos ligeramente inyectados; las desigualdades y circunvoluciones del cerebro cubiertas por una materia pardusca, y un poco de serosidad semi-roja en la *dura-mater*.

Tórax: pleuras costales adheridas por producciones semi-membranosas; endurecimiento de los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho casi desorganizado, el izquierdo poco menos y con una concreción calcárea del tamaño de una avellana;  tubérculos de diferentes tamaños  no muy blandos. Un líquido algo verdoso en el pericardio.

Abdomen: estómago dilatado por un licor amarillento, ninguna lesión ni flogosis; intestinos delgados algo meteorizados; vejiga vacía, sin ningún carácter patológico; el hígado de un volumen considerable, y un poco escoriado en la superficie convexa; vejiga de la hiel muy extendida; glándulas mesentéricas obstruidas; bazo y riñones en buen estado.

De este examen deduce el doctor Revérend que la enfermedad de que murió el Libertador fué en su principio un catarro pulmonar, que descuidado pasó al estado crónico, y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa.

Es indudable que las investigaciones anatomo-patológicas son incompletas para un estudio formal. ¿El endurecimiento de los tercios superiores de cada pulmón, era una hepatización roja ó gris consecuencial de una neumonía anterior? ¿Cuál era el estado de la mucosa brónquica, cuyo tejido es asiento de la afección catarral? Estas dos cuestiones llamarían seriamente la atención, si la presencia de las grandes porciones tuberculosas, y la transformación calcárea de un tubérculo de

antigua data, no fueran suficientes para declarar que esta desorganización causó la muerte, sin que en ella tuviera parte la presencia de una enfermedad intercurrente; máxime cuando en el curso de los diez y siete días de asistencia médica, no se revelaron los síntomas de una pulmonía ni de ninguna otra enfermedad simultánea.

Es de deplorarse que oportunamente no se hubiera averiguado, por medio de la percusión y auscultación, el estado tuberculoso, para dirigir sobre él un tratamiento directo, toda vez que, por inducción, se había declarado que los pulmones estaban *dañados*, y que el cortejo de síntomas que el médico anotó en sus boletines arrojaba suficiente luz.

La historia de los diez y siete días de la enfermedad del Libertador marca bien claramente un padecimiento agudo ó recrudescencia de aquellas que, según Grisolle, se observan en sugetos que han llevado la tisis en estado crónico por muchos años; lo que se compadece con la opinión de Laënnec respecto de la tisis que, manteniéndose latente por largo tiempo, aparece espontáneamente en forma aguda, ó bien á impulsos de una pulmonía, de una pleuresía ó de una fiebre eruptiva.

La causa asignada *á posteriori* por el doctor Revérend á la afección tuberculosa del Libertador, que era, según su opinión, un catarro pulmonar descuidado, que nosotros juzgamos antiguo, es racional y congruente; no obstante el respectable concepto de Mr. Louis, que cree dudosa la influencia del catarro pulmonar en el desarrollo de los tubérculos. Si bien esta duda puede ser aceptable tratándose de habitantes de las zonas templadas, no sucede lo mismo respecto de los de la intertropical, especialmente en los climas cálidos, donde un gran número de tísicos contraen este mal por influencia de la humedad y de un cambio repentino de temperatura.

Diremos, en conclusión, que á nuestro juicio el Libertador contrajo la afección tuberculosa que le causó la muerte, desde la campaña del Perú. Todos saben que vuelto á Colombia, el

cambio de su sér físico era sorprendente, y que su notable enflaquecimiento revelaba el principio de una enfermedad oculta.

Laënnec señala como una de las causas de la tisis tuberculosa, las grandes pesadumbres. ¡Y quién las sufrió mayores que Bolívar, especialmente en sus últimos días?

De pie sobre las viejas murallas de Cartagena, amasadas por el despotismo con la sangre de los americanos para defender la presa usurpada, recordaba el Héroe, yá herido de muerte por la ingratitud, la brillante historia de sus fabulosos triunfos, empezando por su milagrosa salida de la Guaira el año de 1812, cuando dijo á los cartageneros:

“Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal que proclamó mi patria, he venido á seguir aquí los estandartes de la independencia. . . . Corramos á romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros.”

Tenerife, Guamal, el Banco, Puerto de Ocaña y mil nombres más llegaron á su oído, conducidos por la brisa del mar, representante de la inmortalidad. El Héroe Libertador inclinó la cabeza: no la doblegaba el peso de la gloria, era el dardo de la calumnia.

La bandera de Colombia tremolada por él en aquellos muros, ya no llevaba su nombre, estaba rota, y no la había desgarrado el altivo castellano. . . .

Allí mismo, al cabo de diez y ocho años, en aquella ciudad que yá había conquistado el renombre de heroica, eclipsando la gloria de Sagunto, el moribundo Adalid escuchaba el sonido del clarín de *Araure*, del cañón de *Boyacá*, de las dianas de *Junín*, y como en eco distante los aplausos de las muchedumbres que bendecían su nombre; si cerraba los ojos, veía los bosques de laurel trasportados á las ciudades y aldeas, forman-

do arcos triunfales, y millares de ninfas saludando á su redentor.

Embelesado en estas vagas reminiscencias que laceraban su pecho, porque al fin de tanta gloria se hallaba proscrito, oyó de improviso una extraña detonación: no era la de las armas libertadoras que bajo sus órdenes habían conquistado á campo raso la Independencia de un mundo, era. . . . “*Dios santo, dijo, se ha derramado la sangre de Abel!*” y esta exclamación arrancada del fondo del alma desgarró las entrañas y lo condujo definitivamente al sepulcro. No hay duda, los asesinos de Berruecos asecharon dos víctimas.

Ya espirante, en un acceso de delirio, se le escaparon estas palabras: “Vámonos, vámonos. . . . esta gente no nos quiere en esta tierra! Vamos, muchachos! lleven mi equipaje á bordo de la fragata.”

PEDRO PABLO CERVANTES.

INMORTALIDAD DEL GENIO.

El que ponga oído atento á lo que pasa podrá sentir un tumulto sordo como la palpitación de un continente, un murmullo inmenso como la voz de un pueblo cuando le agita un soplo de lo alto. Y el nombre del guerrero gigante brota de todos los labios y vuela en todos los vientos de la América.

¿Qué significa esto, y por qué una figura desvanecida en la sombra toma derecho de domicilio en el corazón de los vivos?

¿Es la gratitud, es la justicia póstuma, es el amor de la gloria y la admiración de lo grande, ingénitos en los pueblos que no han descendido todavía la fácil escalera de la infamia?

Es la llama divina que enciende en nosotros el roce de las cosas superiores, ¿ó el haz de luz de una aurora remota que refleja en nuestra frente y trae á nuestros ojos la tremenda visión de lo pasado?

No, en el involuntario sacudimiento que recorre las fibras de un pueblo cuando salen del sepulcro las sombras de sus héroes, hay una cosa muy diferente de gratitud y de justicia, superior á la gratitud y á la justicia: hay una revelación. El pueblo colombiano se ha llevado las manos al seno estremecido y ha reconocido y palpado el corazón del héroe en los latidos de su propio corazón.

La obra visible de los genios es corta y limitada; pero su tarea invisible es amplia y no conoce límites en el tiempo. Pasan ellos y subsisten; están muertos y viven, no solamente en la misteriosa vida del recuerdo, sino, lo que es más bello todavía, en la fecunda y palpitante vida de la acción.

El genio es en efecto una paternidad. Paternidad sublime, pero que no está exenta de tiranía; paternidad violenta, pudiera decirse, puesto que ni los pueblos ni los hombres pueden sufrir, sin desgastarse más ó menos, el áspero choque de las almas superiores.

Aquellos que pretenden limitar la influencia de los grandes hombres á la reducida esfera de la vida se engañan grandemente, y aquella es quizá la más efímera de sus tareas.

Todas las épocas tienen su hombre, como todas las ideas tienen su apóstol, como todas las iras tienen su rayo; y es que las épocas no se acentúan sino por su aspiración ó por su idea, y para todas ellas hay siempre un hombre que condense en acción ó en doctrina, y á veces en fuego, los gérmenes ó las cóleras latentes. Y cuando los elementos disueltos ó flotantes en la superficie de una sociedad vienen á reunirse en un cerebro, — entonces aparecen esas individualidades graníticas, — verdaderas rocas de la historia, que hijas de las olas del tiempo, se fijan luégo en la ribera del cauce por donde fluye, á la manera de un río, el espíritu humano y marcan para siempre el curso de sus aguas tumultuosas.

Esta influencia preponderante, á veces decisiva, que ejercen los hombres eminentes sobre la formación del carácter nacio-

nal, es casi una creación y constituye á la vez el más grande y el más peligroso de sus atributos.

El héroe americano nos da de ello una confirmación admirable: quienquiera que haya confrontado los dolores y la grandeza de esa alma con los dolores y la grandeza del pueblo colombiano; quienquiera que haya confrontado las luchas tenacísimas y las formidables batallas que él sostuvo con las ásperas luchas y los tremendos combates que nosotros vamos sosteniendo; quienquiera que haya comparado su genio inquieto y altivo con la altivez y la inquietud de este pueblo; quienquiera que haya visto la juventud eterna de ese corazón en la inmarchitable lozanía de esta raza y la ardiente poesía de esa alma en la intensa poesía de este pueblo, — comprenderá que están frescas todavía, sobre la frente de éste, las huellas de sus labios inmortales.

Nó! No reciben impunemente los pueblos en su cuna el beso amoroso del genio sobre la frente ni el riego de sangre heroica en su cabeza! En esos besos se deja el alma, en ese bautismo se trasmite religión para todo el porvenir!

¡Padre de cinco naciones! Tu paternidad no es una palabra vana, sino una palpitante realidad. Tus hijos están hechos con sangre de tu sangre y huesos de tus huesos; tu sombra habita con nosotros, tu espíritu no se ha desvanecido: incorporado y disuelto en nuestra atmósfera moral, lo respiramos todavía, y es como la fuente de aguas vivas, que apaga en nuestro seno caldeado por los vientos abrasadores del presente, aquella sed insaciable de valor, de recuerdos y de gloria que consume á los pueblos enfermos de la oscuridad del porvenir.

La fama no ha dicho sobre ti su última palabra; ella espera la faz postrera de tu obra en la postrera faz de la historia de tu pueblo. Tu vida no ha terminado aún, tu tarea no está concluida: aún faltan joyas en tu corona y sombras en tu frente. En la prolongada vida de los pueblos un siglo es apenas una

hora, y todavía retumba en nuestros oídos el trueno de tus batallas y ciega nuestros ojos el brillo de tu acero.

El humo de tus victorias y la fama de tus hechos podrán desvanecerse en el tiempo; el árbol que sembraste en el fecundo suelo de la América apenas está en flor y vemos aún lejana la hora en que habrá de madurar sus frutos y esparcir al viento sus semillas; ignoramos si aquellos frutos destilarán el jugo exquisito de la libertad y del progreso ó la hez amarga de las ilusiones perdidas; no sabemos si aquellas semillas irán á propagar por el mundo gérmenes de virtud y de heroísmo, ó gérmenes de miseria y de ignominia. Pero sean cuales fueren su grandeza ó su pequeñez, — ya bese con su copa las nubes y asombre con su follaje la tierra, ó ya arrastre por el suelo su tronco mezquino y tronche el viento sus ramas estériles, — habrá siempre gotas de tu sangre en su savia, rumores de tu nombre en sus hojas, fragmentos de tu sér en sus frutos.

PAULO E. VILLAR.

CENTENARIO DE BOLIVAR.

ELEGIDO por el profesorado de las Escuelas de Ciencias naturales y de Medicina para representarlo en este día, vengo á saludar en su nombre la fecha inmortal en que abrió sus ojos á la luz el Libertador Simón Bolívar; vengo á poner una nota más en el gran coro de armonías que desde las costas del Mar Caribe hasta el mediodía de la América, se extiende celebrando el natalicio del Padre de la Patria; no importa que sea con débil voz: también el rumor de las gotas de agua da su acento poderoso al Tequendama.

Cuando la nube se abre en una tempestad, creemos ver la centella que salta de su seno, nos parece escuchar el trueno que acompaña su carrera; el ojo y el oído se engañan porque nos dicen que la sienten cuando ella ha pasado yá, dejando tan sólo el eco de su estallido y el reflejo de su luz: así Bolívar, rayo vivo que rasgó el horizonte, antes oscuro de la Patria, ha partido también; pero hoy se estremece con el eco de su nombre un continente que no lo ve, deslumbrado como está todavía con el vivísimo reflejo de su gloria.

Guardémonos de pretender medir la talla de los genios con la misma unidad que se aplica al común de los mortales: las montañas no se pesan en libras, ni en toesas se aprecia el diámetro del sol. Si la distancia y el tiempo no son suficientemente largos, habrá por necesidad error en la aplicación de la medida: nosotros no podemos juzgar á Bolívar; ¿qué son los pigmeos colocados en la falda del Chimborazo para averiguar hasta dónde se oculta su frente entre las nubes? Somos muy pequeños, estamos demasiado cercanos para formarnos idea de esa grandeza: á los que vengan después, el trabajo de averiguar la altura de su cima; á nosotros, la contemplación de la auréola que la circunda.

En general, juzgamos los hombres tanto más grandes cuanto mayor sea la influencia que hayan ejercido durante su vida sobre los destinos de un pueblo, por más que ella pueda degenerar en la opresión de un yugo, y á veces en la angustia de un dogal: la muerte, en este caso, va alejando las formas del pretendido coloso hasta convertirlas en niebla vaporosa que se deshace al fin entre las brumas del lejano horizonte de la historia; para éstos no hay resurrección. No así los héroes: la muerte es para ellos manto de nieve cual el que envuelve la tierra en el invierno, sudario que el sol derrite con sus rayos cuando llamado por la fama, el muerto se levanta resplandeciente y vuela á las alturas.

Eso es ser grande: contar los brillantes de su corona, no

por el número de cadáveres que obstruyen su carrera victoriosa, sino por los latidos de doce millones de corazones agradecidos; no secar la yerba donde su corcel stampa el casco, sino hacer brotar héroes dondequiera que resuene el golpe marcial de sus pisadas; llevar su nombre escrito, no

“En el corazón de los esclavos

“Que uncidos á su carro de victoria,

“Despojos fueron de su excelsa gloria,”

sino en los pliegues de cinco pabellones que flotan altivos acariciados por el aura de libertad; y pedir, en recompensa de haber dado la vida á un continente, un palmo de tierra hospitalaria donde buscar el descanso en brazos de la muerte.

Hijo de la naturaleza tropical, su vida fué un perpetuo estío que la consumió, como arde la pradera bajo el aliento abrasador del mismo sol que fecundara su verdura.

La obra de destrucción que en vano intentaron los climas mortíferos, y las noches de insomnio, y las fatigas de las campañas, y la metralla del enemigo, tan sólo pudieron llevarla á cabo pasiones bastardas: la ingratitud y la envidia pudieron más que todos ellos, y el lidiador invencible cayó vencido ante esa consunción del alma que se llama el desengaño: las brisas del océano, más justicieras que los hermanos del moribundo, recogieron su último suspiro y volaron llevando en sus alas la nueva de su partida y el eco de su fama.

Si hoy celebramos el centenario de Bolívar, que bien pudiéramos llamar el centenario de la Patria, justo es que enviemos nuestro cordial saludo á la Nación española, ya que ésta y aquélla, olvidando pasados agravios cual cumple á sus antiguas tradiciones de hidalguía, se han confundido en estrecho abrazo; si después de él hemos perdido, y antes de él habíamos olvidado el derecho á las reconvenciones amargas, hoy el recuerdo glorioso de nuestro héroe debe alejarlas para siempre:

tan sólo reclamaremos la parte que nos corresponde en nuestras mutuas glorias. Si vencimos á la España, también á ella debimos la fuerza que encadenó la victoria á nuestras armas: cuando la marea se opone al curso del Amazonas, éste ruga enfurecido, la mar brama colérica y entrambos estremecen el suelo con la violencia de su lucha: la mar parece triunfar primero, se detiene después y al fin retrocede, vencida por el río; pero él, el vencedor, por qué se engríe? Sus aguas no son las de la mar? La fuerza del hijo no viene de la madre? Pues bien, que el uno confunda su rápida corriente con las aguas saladas de la otra, y mezclados vayan á aumentar las ondas del océano.

Vosotros, egregios campeones, los que con BOLÍVAR compartísteis las fatigas y la gloria, los que brilláis á su lado en el hermoso cielo de nuestra grande epopeya, acudid á la cita que hoy os hace la América: venid á saludarlo en nombre de la humanidad. . . . Pero, qué digo? Antes que nosotros lo habeis hecho ya. . . . Sí! El Ejército libertador desfila hoy ante su General y ya parece escucharse en los aires el rumor de sus pasos; y van con ellos también los que supieron mostrarse grandes ante el mundo, levantándose sobre pedestal de tribuna ó de cadalso. Mirad cómo van pasando y saludan á su Jefe. . . . ¡Alejandro, César, Napoleón, ceded el paso! No son esclavos de Tebas, Tiro, Babilonia que vienen á besar la mano á su señor; ni son los soldados de la República romana que se doblegan ante el caudillo afortunado de Farsalia; ni tampoco los coligados de la Europa que se postran en las gradas del trono levantado sobre los campos sangrientos de Marengo y Austerlitz. Nó! Ese que teneis delante es más grande que vosotros porque su espada, tan bien templada como la vuestra, no ha dejado en su camino las huellas siniestras del conquistador; y esos que lo saludan, si bien le rinden tributo de homenaje como á ideal encarnado de los derechos de los pueblos, saben erguir la frente á la altura de la vuestra, y ante sus pechos,

como ante muro de granito, se estrellaría el poder de vuestras legiones victoriosas.

BOLÍVAR! Al recordar tu nombre, casi, casi olvidamos que para hacerte inmortal tuviste que morir.....Ah! Y quién hubiera presenciado el misterioso drama que agitaba tu cerebro cuando postrado en el lecho de agonía, pasaba ante tí el panorama de tu vida; cuando tu brazo que había sostenido los destinos de cinco naciones, no podía yá levantarse para enjugar el sudor de tu frente, acariciada ayer por la sonrisa de la victoria, helada hoy bajo el soplo de la muerte; cuando esa pupila ardiente á cuyo fulgor se habían desvanecido tántas veces las tormentas de la Patria, se empañaba ante el abismo del infinito, qué pensabas? ¿Volvías á luchar, trasmontabas los Andes de nuevo con tu puñado de valientes y oías el estruendo de las armas en Gámeza, en Vargas, en Bonza, en Boyacá? Acaso se alzaba ante tus ojos el espectro del asesino y veías el puñal de Kingston alzado en las tinieblas para buscar tu corazón otra vez en Bogotá? O bien oías la voz de tu gran Colombia, peregrina antes que tú en el viaje á la eternidad, llamándote para seguir contigo el sendero del proscrito? Y cuando tus ojos iban á cerrarse para siempre ¿contaste tus soldados como el prisionero de Santa Elena, ó recordaste, como el héroe de Trafalgar, que habías cumplido tu deber, ó bendeciste, como el moderno Epaminondas de la Grecia, la muerte que trae la libertad? Tan sólo Dios lo sabe, pero tus últimas palabras bastan para formar tu apoteosis: "Mis posteros votos," dijiste, "son por la felicidad de la Patria.... He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido á las puertas del sepulcro.... Yo los perdono."

FRANCISCO MONTOYA.

A BOLIVAR.

(EL DÍA DE SU CENTENARIO.) *

Surgió la luz de entre la sombra oscura ;
 De acalorada mente
 Entre mares de dudas sumergida,
 Surgió la idea potente
 Símbolo cierto de esperanza y vida ;
 La dicha para el hombre
 Surgió, sin duda, de sus mismas penas ;
 De una inmensa abyección surgió la Gloria ;
 Del fragor del combate la Victoria ;
 Del infortunio la esperanza ufana ;
 De enmedio de prisiones y cadenas
 Se vió surgir la libertad humana.

Y del Gólgota entonces en la cumbre,
 Impiamente enclavado en un madero,
 Exhaló moribundo
 El Hombre-Dios su postrimer suspiro ;
 Y el universo entero
 Miró con esa muerte
 Nacer la vida y libertad del mundo.

Y el orbe conmovido y agitado,
 Sintió que palpitaba en sus entrañas
 Una llama fecunda ;
 Tembló el tirano de sorpresa lleno,
 Huyendo á refugiarse avergonzado
 Allá en el corazón de las montañas,
 Los tronos de los déspotas cayeron ;
 Rodaron por el suelo sus coronas,
 Y los reyes tiranos sucumbieron.
 Divisó el mundo nuevos horizontes ;
 La Humanidad entera
 De su mismo poder se sintió ufana,
 Y entonces, en la cima de los montes,
 Tremoló su bandera
 La libertad humana.

Cargada de cadenas,
 Por ruda tiranía,
 La América del Sur vió que corría
 Hecha fuego la sangre por sus venas.
 Con orgullo sintió que, no como antes,
 En vez de abyectos hombres,
 Su seno concebía
 Colosos y gigantes ;
 Que iba á brotar de su virgíneo suelo
 Para después alzarse
 En alas de la Fama y de la Gloria ;
 A la región del cielo,
 Con trofeos insignes de victoria,
 Un héroe legendario,
 De espíritu fecundo,
 Que de ese continente formaría.
 Otro inmortal Calvario
 Que haría surgir la libertad de un mundo.

Se aproxima el combate,
 La lucha será magna y gigantea ;
 Va á decidirse el porvenir de un mundo :
 Debe triunfar ó perecer la idea.
 La hora ha llegado y brotan los titanes,
 Como impetuoso bramador torrente ;
 Nada detiene su soberbio empuje ;
 El mar sacude sus movibles olas,
 Y con su voz de trueno prepotente,
 Anuncia al universo
 Que venerará á las huestes españolas
 La americana gente.

Silban las balas, chocan los aceros ;
 Charcas de sangre por doquiera humean ;
 Y cual brillante faro,
 El pendón de la patria allá entre el humo
 A divisar se alcanza, cuyos pliegues
 Suelos al aire sin cesar ondean.

Rasga los aires del cañón el trueno,
 El furor de los héroes va aumentando ;
 E indiferente á tan feroz ultraje,
 Cadáveres y heridos va hollando
 El rudo casco del corcel salvaje.
 Los montes con el humo se coronan ;
 Doquier resuena el atambor gigante ;
 Y á lo lejos se escuchan los gemidos,
 Que lanzan moribundos los heridos,
 Como un adiós al mundo que abandonan,
 Como un saludo al pabellón triunfante.

Se abate á tierra el pabellón hispano
 Y al fin de tanta lucha
 Se alza potente el pueblo americano ;
 Y le dan como premio á su constancia,
 Y al valor sin segundo,
 Las fuentes sus raudales,
 Las flores su fragancia,
 La libertad un mundo.

Tiemblan los opresores ;
 Y la victoria en tanto,
 En su carro imperial regando flores
 Recorre el continente ;
 Y con los pliegues de su níveo manto
 Del vencedor arropa la cabeza.
 La América del Sur se siente libre,
 Pregunta su grandeza,
 Perdona á los tiranos de su suelo,
 Y luégo omnipotente,
 Esconde allá en el cielo
 Ceñida de laurel la noble frente.

* * *

* Discurso preparado á nombre de la Escuela de Medicina de la Universidad nacional de Colombia y dedicado al doctor José Vicente Uribe, Secretario de Instrucción pública.

Aun vibran hoy en la dorada arena,
 Que dulcemente el Orinoco baña,
 Los ayes lastimeros
 De los bravos, indómitos guerreros,
 Que rendición altivos intimaron
 Al pabellón de España.
 El condor nacional alzando el vuelo
 Va á posarse en la cumbre de los Andes,
 Para buscar en la extensión del cielo
 Dónde inscribir el nombre de los grandes;
 Y tanta majestad, entonces, viendo
 En los heroicos campos de victoria,
 Que hoy esmalta con gotas de rocío
 La luz de la mañana,
 Por el ancho vacío
 Torna á emprender el vuelo, repitiendo
 Que es muy estrecho el templo de la Gloria
 Para encerrar la gloria americana.

De esos campos, cubiertos, no hace mucho,
 De luto y soledad por donde quiera,
 Brota hoy la mies con próspera abundancia;
 Y los huesos ríidos
 Por los hambrientos buitres, y blanqueados
 Por casi un siglo en su veloz carrera,
 Son vivos monumentos levantados
 Por ese tiempo mismo
 En loor de su altiveza y su arrogancia,
 Y hoy á sus pies las campesinas flores
 Derraman su fragancia
 Como un tributo fiel al heroísmo;
 Y esos osarios que respeta el tiempo,
 De una fecha inmortal recuerdo vivo,
 Despojos sin rival de su fiereza,
 Son caracteres con que un pueblo altivo
 Traza ante el mundo su sin par grandeza.

Las espigas que hoy brotan de ese suelo,
 Por las húmedas brisas columpiadas,
 Con sangre de héroes fueron fecundadas;
 Y están allí cual sin mostrar quisieran,
 Con solícito anhelo,
 Que esos héroes que en aras de la patria,
 Aun exhalando su postrer aliento
 Sus espadas flamíferas blandían,
 Con su muerte sembraban el sustento
 De esa generación que redimían.

* * *

Calmó la tempestad!.....El nuevo mundo
 Siembra de palmas y laurel su suelo:
 El bautismo de sangre fué fecundo;
 Brilla el sol de los libres en su cielo.

De ese drama inmortal que tanto asombra,
 Leyenda fabulosa de los siglos,
 Se ve surgir la sombra
 De un genio celestial á quien admiran,
 A quien el mundo con respeto nombra,
 A quien Bolívar llaman,
 Y á quien cinco naciones
 Como á su padre miran,
 Y sin igual Libertador aclaman.

El guerrero inmortal á quien la Gloria
 Condujo hasta su templo,
 Y en el mármol eterno de la Historia
 Grabó su augusto nombre.
 El guerrero inmortal que allá en la cumbre
 Del alto Chimborazo,
 Gritó con voz de trueno
 A las generaciones venideras:
 "Levantaré legiones con mi brazo;
 Por libertar á mis hermanos lucho"
 Y el furor de los bravos,
 Las cadenas rompió de los esclavos,
 En Carabobo, en Boyacá, en Queseras,
 En Pichincha, en Junín y en Ayacucho.

El titán invencible que el Destino
 Puso al servicio de una causa santa,
 Y hoy con la sien ceñida
 De su marmórea tumba se levanta;
 Eterna luz que alumbrará el camino
 Del pueblo americano;
 Vivo sol que al ocaso no declina;
 Augusto Semi-Dios á quien la Fama
 De rodillas inciensa,
 Cuya gloria eternal hoy se reclina
 De un siglo altivo en la cerviz inmensa.

A ti, Bolívar, valeroso atleta,
 Lidiador incansable del derecho,
 Vienen tus hijos de entusiasmo henchidos,
 Tu recuerdo glorioso
 A renovar entre su ardiente pecho.
 Y esta generación que hoy se levanta,
 Altiva y fuerte y orgullosa siempre,
 Hoy reverente llega á tu sepulcro,
 A sembrar á su pie las *inmortales*
 Que en los sepulcros de los héroes crecen,
 Y que con el sudor de un pueblo libre
 Se nutren sin cesar y reverdecen;
 Y á beber en los límpidos raudales
 De donde eternamente
 La libertad y el patriotismo brotan:
 En tumbas cual la tuya,
 Tan bienhechoras fuentes no se agotan.

Nos dió tu brazo libertad y vida,
 Tu misión se cumplió.

Tu último sueño
 Fué el despertar del mundo americano;
 En tu sepulcro, gigantesco hoy se alza
 Emancipado el pensamiento humano.

Nada temas; oh genio! que tu nombre
 Con tu invencible espada
 En la cumbre del Ande quedó escrito;
 Debes estar de tu obra satisfecho;
 El mundo que nos diste te era estrecho:
 ¡Dios te ha dado por patria el infinito!

ÍNDICE DEL NÚMERO 85.

JUNTA DE LOS REPRESENTANTES DE LA PRENSA. Acta de instalación	1
BOLÍVAR EN LA DESGRACIA, por <i>N. Osorio</i>	4
BOLÍVAR EN LA NUEVA GRANADA, por <i>G. J. Castañeda</i>	8
BOLÍVAR, por <i>P. P. Cervantes</i>	11
INMORTALIDAD DEL GENIO, por <i>Paulo E. Villar</i>	20
CENTENARIO DE BOLÍVAR, por <i>Francisco Montoya</i>	23
A BOLÍVAR, por <i>Alirio Díaz G.</i>	28